

ARGENTINA: "EN CRISIS"

Guillermo A. O'Donnell.

Diciembre de 1966.

I. LA CRISIS.

Decir que la Argentina sufre una honda crisis es, ya, un viejo lugar común. En realidad, es fácil llegar a la convicción de que nuestra Patria "vive en crisis" desde que existe como nación independiente.

No nos queda a los argentinos el recurso de refugiarnos en la añoranza mítica de nuestro pasado, demasiado nuevo y polémico. Esto es, en realidad, afortunado, ya que hace imposible que adquiera alguna vigencia el clásico escapismo anexo a esas mitologías; y suscita generaciones tendidas al logro de un mejor ser y un mejor estar en su ámbito temporal propio: el futuro.

Es sintomático de nuestra situación la gran cantidad de obras publicadas mostrando la crisis y procurando diagnosticar sus causas. Pienso que es aún más significativa la falta de trabajos que avancen desde allí hacia la formulación de propuestas que reúnan la doble e indispensable condición de **ABARCAR ARTICULADAMENTE EL CONJUNTO DE LOS PROBLEMAS NACIONALES. Y SER OPERATIVAMENTE CONCRETAS.**

Esta situación de los medios intelectuales se manifiesta con clara analogía en los sectores políticos (entendidos en sentido amplio, como aquéllos que tienen alguna facultad de decisión sobre el Estado), que demuestran poseer abundancia de argumentos —frecuentemente legítimos— para alzar su descontento respecto de la conducción de otros, pero escasas ideas claras acerca de qué hacer en concreto. De esta manera, se elabora una vieja constante de la política argentina, consistente en las aplastantes coaliciones que suelen suscitar en su contra todos los gobiernos —los mejores y los peores—, conglomerados fundados en determinaciones principalmente negativas, que se disuelven espectacularmente no bien se encuentran ante el problema de ejercer un poder respecto del cual, en el fondo, en lo único que estaban de acuerdo era en la voluntad de obtenerlo.

Ambos fenómenos —intelectuales y políticos— son causa y efecto de una análoga conciencia, necesariamente menos nítida pero de alta vigencia sociológica, operante en el conjunto de la población a través de todos sus estratos. Es bien conocido —y a su alrededor se ha llegado a crear todo un folklore—, el extrañamiento y escepticismo que siente el argentino ante el Estado y lo político en general.

Estas afirmaciones nos llevan a rozar dos temas que los creemos enormemente importantes y que, sin embargo, aún esperan entre nosotros trabajos de gran aliento y esfuerzo científico, desde los cuales pueda ofrecerse una visión sintética y ordenada:

A) LAS CAUSAS DE LA SITUACION: Carece de toda seriedad adjudicarlas a un sector o personaje —elegido según la ideología o los intereses políticos del opinante—, al que se hace jugar el papel de "villano" en la novelada historia resultante y que, por ser tal, permite la cómoda exculpación de aquéllos que no han integrado sus filas. Estamos convencidos que las causas sólo podrán ser seriamente indagadas desde la perspectiva de una historia cultural de la argentina, que enfoque atentamente el substrato económico y social sobre la que ha transcurrido y resulte, por lo tanto, apta para conocer y evaluar el impacto y consecuencias que tuvo sobre ese medio el trasplante imitativo de ideologías, objetivas sociales, instituciones, esquemas económicos y fórmulas jurídicas. Todos los cuales fueron tomados de su contexto inglés, francés, o norteamericano, y traídos a otro que, como el nuestro, presenta respecto de aquéllos diferencias de enorme significación.

B) LOS EFECTOS DE LA SITUACION: Una democracia que no logra existir; un Estado que no logra ser mínimamente eficaz; un pueblo que no logra encontrarse ni proyectarse. Todo lo ya anotado plantea en términos estrictamente políticos el núcleo de la insoluble cuestión de la **LEGITIMIDAD** de nuestros Gobiernos, que es a su vez expresión del **DESAJUSTE INSTITUCIONAL RESPECTO DE LAS REALIDADES SOBRE LAS QUE SE ASIENTA**, y de la **CARENCIA DE ACUERDO SOCIAL ACERCA DE QUIEN** y, sobre todo, **PARA QUE SE DEBE GOBERNAR** o sea, de cuál es la misión **CONCRETA** del poder político, cuáles son las metas a las que debe tender. Es sabido que la legitimidad no es sólo un concepto de mundo jurídico —acceso al gobierno de conformidad con las normas legales vigentes— sino, sobre todo, un elemento sociológico, consistente en el "hecho" de que el poder se adecúe en su existencia misma y en su ejercicio a la opinión que sobre él surge, difusa pero poderosa, de los sistemas de valor, las aspiraciones y las representaciones colectivas de la comunidad. Desde las luchas de unitarios y federales hasta las más recientes entre peronistas y antiperonistas, nuestra his-

toria es la muestra viva de la carencia de ese acuerdo y del enfrentamiento de distintas visiones del problema, dotadas cada una de ellas de fuerza suficiente como para dar a nuestra vida política su crónica estabilidad.

Hace ya largo tiempo que la evidencia de los hechos y el aporte de las ciencias sociales ha hundido la ilusión racionalista —de la que tan tributarios fueron nuestros antecesores— de que basta “construir” un sistema legal para que una nación obtenga buen gobierno y continuado progreso. Hoy es un axioma en ciencia política que el ideal —que compartimos ampliamente— de establecer un sistema que por lo menos comience a merecer el nombre de “democrático”, exige INEVITABLEMENTE la existencia de un conjunto de requisitos, sin los cuales queda como un mero simulacro legal, sin posibilidad de funcionamiento efectivo. Entre ellos, uno de los fundamentales es precisamente la vigencia de un amplio “consenso” general sobre el régimen, que asegure la convicción de que (mejor o peor, justificadamente o no) aquél funciona “para todos”, que su existencia es un bien superior —y condición misma— a la obtención de objetivos parciales por parte de los sectores sociales, los que, por ello, acceden a limitar sus reivindicaciones hasta un punto que no afecte la existencia del sistema, y a procurarlas conforme a reglas de juego que éste establece explícita o implícitamente.

La carencia de este consenso integrador ha minado la legitimidad de todos sus gobiernos, amputado la posibilidad de verdadera democracia en la Argentina, y dado a las luchas políticas una globalidad que hace estallar periódicamente la arquitectura institucional que hubiera debido encauzarlas.

Además, la débil o nula “legitimidad de origen” de nuestros gobiernos los ha lanzado a buscarla —por carriles más o menos democráticos o autocráticos, según las versiones, no ya como la base “desde” la cual se gobierna, sino como el “resultado” futuro de una acción de gobierno que debe ganar urgentemente, en verdadera carrera contra el tiempo, adhesiones amplias y firmes, afectadas por disidencias de poco peso. Esta necesidad verdaderamente desesperada del “resultado” ocasiona gobiernos demasiado dependientes de los sectores sociales y de las corrientes de opinión en las que no puede dejar de buscar apoyo; por otra parte, su misma tarea se hace difícilísima debido a la indiferencia y hostilidad derivada de la falta de consenso de un medio social cuya amplia movilización, SIN EMBARGO, es CONDICION INDISPENSABLE para la obtención de los resultados, y para el encuadramiento de las corrientes de intereses y opiniones preexistentes, sobre las que debería poder ejercer un verdadero poder

si es que realmente quiere protagonizar el cambio y la dinamización de la nación.¹

La extensión de este ensayo nos limita a dejar señalados estos grandes temas, perfilados en la línea de las causas y los efectos de la situación argentina. Hemos creído que, una vez marcados, podría ser útil ejemplificar, con un caso de rigurosa actualidad, actitudes que concurren a las causas de la “crisis” y proponer aquéllas que creemos han de permitir superarla. De ello nos ocupamos seguidamente.

II. DESARROLLO Y SUBDESARROLLO.

Es sabido que sólo después de la crisis mundial de 1930, cuando el imperio de los hechos exigió a los estadistas occidentales aceptar una extensión y profundidad de sus propias funciones que no cabían dentro de la ortodoxia de sus ideologías, y cuando el transcurso del tiempo permitió los primeros intentos de evaluación de los resultados obtenidos por la Unión Soviética en el plano económico, se comenzaron a elaborar teorías que incorporaron al Estado como un decisivo factor dinámico en la promoción de la economía de las naciones. El paso a concepciones de este tipo, por parte de hombres formados en el “laissez faire”, la escasa gravitación de los países periféricos, y la agudeza de los problemas que se debieron enfrentar, determinaron que el foco de interés y los mayores esfuerzos los centraron en sus países, en los que trataron de llegar a fórmulas que salvaron los presupuestos fundamentales del sistema y les permitieron, a la vez, encarar eficazmente la para ellos insólita ampliación de la esfera de competencia del Estado. La problemática quedó centrada en los países desarrollados, girando principalmente alrededor de las aportaciones de Lord Keynes.

Sólo después de la segunda guerra mundial las recientemente descubiertas virtualidades y competencias del Estado comenzaron a enfocarse alrededor de las naciones a las que empezó, entonces, a denominarse “subdesarrolladas”. El impacto que el comunismo producía en éstas, las implicancias políticas de su eventual alineación en un bloque mundial de este signo, la conmoción moral producida por el masivo “descubrimiento” de sus casi siempre desesperadas condiciones de vida, el hecho que por primera vez estas naciones —al menos como conjunto— tenían una decisiva voz a hacer oír en los asuntos mundiales; todos estos factores operaron para motivar un progresivo interés en políticos e intelectuales (occidentales y comunistas) por el conocimiento de la situación de estas nacio-

(1) Parece obvio acotar que estas reflexiones sobre el pasado son, también, rigurosamente aplicables a la actualidad; parecen ser el núcleo del problema político del actual Gobierno, de cuya solución —o no— dependerán no sólo su éxito, sino también —y una vez más...— creemos, su estabilidad.

nes y por el hallazgo de aquéllas soluciones que fueran aptas para superar su desgraciada situación.

Se comenzó así a elaborar un "ciencia del subdesarrollo", con especialistas y obras sistemáticas desde no hace mucho más de una década. Conocimiento aún balbuceante científicamente y demasiado condicionado por los presupuestos ideológicos y los intereses de quienes lo abordan, ha ido, mediante etapas que falta mucho por agotar, enriqueciendo su campo y perfeccionando sus conocimientos.

En primer lugar, condicionado por factores ideológicos y por la especial importancia que lo económico asume en el conjunto del problema, el subdesarrollo fue captado desde una óptica estrechamente economicista, con olvido de la incidencia de los elementos espirituales, culturales, políticos, y sociales que concurren —junto con lo económico— a formar un conjunto estructural, que exige ser conocido y operado con pleno respeto de su complejidad si es que realmente se quiere lograr algo.

Además —y esto nos interesa aquí fundamentalmente—, como todo conocimiento nuevo y poco elaborado aún opera exclusivamente mediante "modelos" extremos de confrontación entre el desarrollo y el subdesarrollo, que no son, por lógica consecuencia, en sí mismos aptos para actuar sobre situaciones ampliamente matizadas, que no pueden "encajarse" dentro de alguna de las dos opciones sin grave error cognoscitivo y —lo que mucho peor—, sin plena garantía de fracaso para las decisiones que sobre tal supuesto pudieran adoptarse.

Es en el fondo lógico que hayan sido los medios intelectuales y políticos de los países altamente desarrollados, (occidentales y soviéticos) por su mayor disponibilidad de medios y elementos de todo tipo para la tarea y por el evidente interés que para sus naciones tiene este problema, los que hayan comenzado a ocuparse del tema. Es lógico también que razones políticas —el gran número de países en situación de absoluto subdesarrollo y su máxima explosividad—, así como estrictamente académicas —la mayor facilidad para conceptualizar el subdesarrollo en aquellas áreas donde se da en términos extremos—, hayan sido todos factores concurrentes a que el estado actual de la cuestión gire sobre el cotejo dicotómico entre los países **ALTAMENTE DESARROLLADOS** y los **NETAMENTE SUBDESARROLLADOS**.

Lo que ya no es tan lógico —y mucho menos conveniente— es que esta situación no haya sido percibida en toda su **DIMENSION** e **IMPLICANCIAS** en aquéllos países cuya posición, como tanta realidad humana, escapa al rigor de esas dicotomías y exige, por lo tanto, un tratamiento cuidadosamente matizado. Lo cierto es que los países de Asia y Africa, así como buena parte de los de América, se hallan en situación de neto subdesarrollo; pero es también muy

cierto que algunos países escapan a esta calificación, sin poder ser tampoco englobados en el concepto de "desarrollados".

Precisamente, ese es el caso de la Argentina y el de aquéllos países que gozan de mejor posición relativa en el continente —Brasil, Chile, Uruguay, tal vez Venezuela.

La cuestión está muy lejos de ser puramente teórica. Por el contrario, se trata de un problema de la más **INMEDIATA Y VITAL IMPORTANCIA PRACTICA**.

Porque, nos guste o no, es hora que los argentinos caigamos en cuenta que hemos sido "importadores" permanentes de esquemas políticos, sociales y económicos elaborados en Europa (incluyendo Rusia) y en EE. UU. Constitucionalismo norteamericano; libremercado inglés; racionalismo y positivismo francés; facismo, nazismo, comunismo; etc.; sus respectivos corifeos han realizado y realizan enormes esfuerzos para lograr que nuestra realidad se amolde, cueste lo que cueste, al esquema que previamente ha sido elegido como un todo que exige ser aplicado con celosa ortodoxia. Nos importa aclarar que lo dicho no implica criticar la sana e inevitable influencia que ejerce lo ajeno sobre lo propio, sino esa constante de pasiva imitación que es, en última instancia, deserción del prudencial realismo y del talentoso sentido creador que, desde Aristóteles hasta hoy, siguen siendo eminentes virtudes del político.

Como la realidad es demasiado diferente de la presupuesta por esos esquemas, éstos acaban estallando para dejar sobre nuestra vida política una superficie de conceptos distorsionados y de polémicas vacías, bajo las cuales late —frustrada, anarquizada y crispada— una realidad que sigue anhelando se la exprese en forma que respete sus básicos e ineludibles presupuestos.

Deseamos mostrar rápidamente la esterilidad de una polémica y una lucha política fundadas en aquella concepción polar del desarrollo-subdesarrollo. Por supuesto, al retratar posiciones que abarcan temas amplísimos y se expresan con numerosos matices, sólo podremos caricaturizarlas; pero confiamos que esa caricatura, en sus rápidos trazos retendrá las características principales de las dos fisonomías político-económicas que deseamos confrontar.²

III. ARGENTINA, PAIS DESARROLLADO?

Se sostiene que nuestra situación no difiere, en lo esencial, de la de los países de Europa Occidental (sería bastante más difícil convenirse de lo mismo respecto de EE. UU.). Y si actualmente no es idéntica, se debe a que aún sufrimos las distorsiones producidas por los dos grandes "demagogos" —Irigoyen y Perón—, por

(2) Adviértase, de paso, que ambas posiciones son tan dependientes de los esquemas importados, que tanto una como otra se han centrado en los aspectos económicos del tema, desatendiendo casi por completo los demás en él involucrados.

la recidiva de estos vicios en muchos políticos y gobernantes posteriores, por la presión de un pueblo "ensoberbecido" y "sacado de quicio", por un Estado exclusivamente dedicado a malgastar dinero, etc. En consecuencia, "para que volvamos a ser lo que éramos" el poder político debería colocarse en la más rigurosa abstinencia: obtener que los "inadaptados" (aunque sean mayoría) se dediquen a trabajar (si pueden) dejando de crear conflictos; que el Estado privatice todo salvo el déficit, y que a éste lo elimine de inmediato y como fuere; que en lo que quede se coloquen "técnicos apolíticos" cuya forma de serlo consistirá en compartir los presupuestos ideológicos del sector; que se aprenda, preferentemente de una mitológica Alemania, a no imponer control ni dirección alguna a la actividad económica, sobre todo en el sector cambiario y de comercio exterior, dejando que "la libertad" —manejada por muy pocos— venga casualmente a beneficiar a éstos.³

Todas estas decisiones consistirían, en el fondo, en eliminar trabas que, por una extraña vocación de autoperjuicio, los argentinos nos habríamos impuesto. Fecho, nuestro país saltará de inmediato a "recuperar" su posición de plena igualdad respecto de aquéllos países.

Esta opinión no puede ser compartida, por la muy sencilla razón de que nuestra realidad se halla muy lejos de ser —sobre todo en el plano en el que se formula, el económico—, equiparable a la de esos países. Sólo como ejemplos sacados casi al azar, baste señalar algunas diferencias decisivas:

- Desde siempre y hasta hoy nuestra economía ha dependido completamente del sector externo de exportación de productos primarios agrarios, para los que, además, tenemos escasas posibilidades de incidir efectivamente en la fijación de precios.
- Nuestra industria es nueva y poco integrada, y depende de la importación de insumos primarios, de bienes de capital y de conocimientos tecnológicos.
- Muchos sectores vitales de nuestra economía, principalmente el externo, no han logrado ser efectivamente regulados por el Estado, en razón de la debilidad política de nuestros gobiernos que arriba anotáramos, y quedan sujetos al casi discrecional arbitrio de intereses que sólo ocasionalmente coinciden con los del país.
- La distribución del ingreso en nuestro "demagógico" país, reflejada en la pauperización de grandes estratos de la población, muestra

una participación del trabajo mucho menor que la de aquéllos países.

—Nuestra estructura social —y geográfica— muestra rigideces y absurdas conformaciones.

Baste este panorama para mostrar hasta qué punto el desmantelamiento del estado argentino (sin perjuicio de las numerosas correcciones sectoriales que ha menester), formulado como política salvadora de su actual esclerosis, reduciría a la impotencia a una herramienta absolutamente indispensable, consolidando y agravando una situación cuyos escasos beneficiarios tendrían así asegurada la continuidad de su posición de irritante privilegio en desmedro del bien común.

Obvio es señalar que alrededor de este núcleo de la posición giran posiciones de amplio impacto y poderosa instrumentación, según las cuales la única manera de ser "democrático" consistiría en aceptar esta versión manchestriana del Estado⁴ y la inevitable proscripción de cualquier mayoría que no acepte su vigencia, o que la forma de ser "occidental" consistiría en la aceptación lisa y llana de todo lo que de esa área provenga, sin previo análisis de su mérito intrínseco y su conveniencia para el país.

IV. ARGENTINA, PAÍS SUB-DESARROLLADO?

Por la otra parte, se postulan soluciones como si nuestra situación no fuera en lo esencial diferente a la de cualquier país de Asia o África, o, más cercanamente, a la de Haití, Guatemala o Bolivia. Se trataría entonces de adoptar entre nosotros los métodos para ellos preconizados, y de "alinearnos" en un gran frente internacional en el que la lucha de clases en el seno de la sociedad se desplazaría a las naciones. La Argentina —y, por lo menos los ya mencionados países americanos del Cono Sur—, no pueden reconocerse en este esquema, desde que nuestra situación presenta —nuevamente, pero ahora hacia el otro lado— diferencias decisivas con este modelo. Baste aquí también señalar algunas fundamentales:

- Hay un importante mercado interno y una industria, que con todas sus deficiencias, es ya una afortunada e irreversible realidad.
- Hay una fuerte clase media, un nivel cultural general mediano, y una disponibilidad de capacidad técnica y administrativa bastante importante.
- El proceso de concentración urbana anejo a la industrialización se ha cumplido, y la concurrencia de ambos factores ha producido un sindicalismo fuerte y notablemente maduro.

(3) Fácilmente se advertirá que, a los efectos prácticos, esta posición es enteramente equiparable a aquéllos que sostienen que "somos todo lo desarrollados que podemos —o debemos— ser", o a las que se cierran en negación lisa y llana del tema.

- Las pautas de modernidad y eficiencia no deben ser introducidas a contrapelo de in-existentes antiguas culturas indígenas.
- El nivel de integración lealtad está dado a nivel nacional, y no a nivel tribal o regional.

En tanto la tipología del subdesarrollo implica la no existencia de todos estos decisivos factores, será también fácil advertir cómo las recetas —marxistas o no— adoptadas por, o recomendadas a países que sí se encuentran dentro de ese modelo, no tiene la menor posibilidad de ser aplicadas para su beneficio en nuestro país. Su aplicación destrozaría el importante conjunto de factores que nos colocan en posición relativa pero sustancialmente superior, amenazando retrocedernos a vías totalitarias y tumultuarias que serían causa de inmenso daño.

V. HACIA UNA UBICACION DEL PROBLEMA.

Tenemos enormes diferencias entre nuestra situación y aquéllas dos para las cuales existen diagnósticos definidos y tratamientos más o menos concretos en el “mercado internacional de las ideas”. A PESAR DE ELLO, EL PROBLEMA ARGENTINO AMENAZA PLANTEARSE E INTENTASE REMONTAR COMO SI FUERA INEVITABLE UNA ORTODOXIA OPCION ENTRE UNO U OTRO TERMINO DE ESTA FALSA DISYUNTIVA.

Al menos por el momento parece venirse imponiendo en los últimos años la primera posición⁴ debido, creemos a: A) País de “clase media”, nos hallamos MENOS LEJOS de la situación europea occidental de desarrollo que de la centroafricana de subdesarrollo; B) Pertenecemos, contrariamente a la inmensa mayoría de los países del segundo grupo, a la órbita cultural europea; C) Y, principalmente, porque la distribución real del poder político en los últimos entre nosotros viene favoreciendo netamente a los sectores que creen⁵ ver en ella la mejor representación de sus intereses.

Es inevitable que atrás de una y otra concepción se muevan intereses económicos, políticos, internacionales e ideológicos de sectores internacionalmente operantes, y tendientes en última instancia a instrumentar nuestro destino nacional sin efectiva participación argentina y en forma que sólo por milagro podría convenirnos.

(4) Razón por la cual le hemos dedicado más espacio en nuestra exposición.

(5) Decimos que “CREEN”, porque, más allá de lo que puedan deducir de una visión limitada a plazos cortos, merecería demostrarse que no es así —al menos para sus sectores más dinámicos— no bien se alarguen las reflexiones al largo y aún al mediano plazo. Con lo que rozamos el tema de la escasa conciencia que muestran frecuentemente los sectores económicamente mejor colocados acerca de cuáles son sus verdaderos intereses y los moldes conceptuales aptos para promoverlos; tema éste que —tanto como el aquí escogido— hubiera servido para ejemplificar otra de las “causas” concurrentes a la crisis que en la primera parte de este trabajo mencionamos.

Sería, sin embargo, caer en un grosero error y en una grave injusticia el no advertir que muchos de los sostenedores de ambos puntos de vista los propician con entera buena fe, indudablemente convencidos de la bondad de sus soluciones. PORQUE LO QUE SE HALLA EN JUEGO ES ALGO MUCHISIMO MAS PROFUNDO, y en esa dimensión debe ser indagado.

Ocurre que el sano impulso emocional que lleva a querer superar una situación injusta y frustrante, se orienta conforme a lo que ya amenaza ser una tradición nacional: buscar en el exterior el esquema que más satisfaga al inquieto, tomarlo sin el paso previo de determinar hasta qué punto y de qué manera es realmente aplicable, y procurar aplicarlo tal como se lo halla formulado.

Así, por ejemplo, la receta del “liberalismo económico”. Conectada, como vimos con la postulación de que somos un país desarrollado, o todo lo desarrollado que podemos ser, es lo que se ha venido aplicando en nuestro país, salvo cortas interrupciones, desde su independencia política. Era entonces, en realidad, la única a la mano luego del derrumbe del imperio español, y rigió plenamente hasta que la crisis de 1930 —primero— y la segunda guerra mundial —después— liquidaron el esquema político-económico del imperio inglés, dentro del cual la Argentina obró como economía periférica, inadvertida que la “libertad de comercio” —dogma sacrosanto y redivivo— era en realidad el sistema comercial adecuado para la posición marítima, financiera y altamente industrializada de Inglaterra. Sistema que, si escasamente convino en definitiva a quienes lo aceptaron como verdad científica inconcusa, fue percibido con toda claridad por la nación beneficiaria como nada más —y nada menos...— que un expediente práctico destinado a extraer el máximo de beneficio a su posición en la economía internacional.⁶ Todo indica que la vigencia de este esquema —o el del molde soviético, por supuesto—, implicaría la continuidad de la Argentina en su posición de dependencia política y económica —y en definitiva, cultural— respecto de potencias actualmente dominantes que en mucho superan, absoluta y relativamente, el poderío de nuestros antiguos poderes imperiales. Y ocurre que a los argentinos esta perspectiva no nos gusta, cualquiera que fuere la simpatía que nos despierten esas grandes naciones, porque seguimos creyendo tosudamente que nuestro país puede dar un valioso y necesitado aporte a la historia del mundo, no bien pueda integrarse internamente y adquirir personalidad con verdadero peso propio en lo internacional.

(6) Nos ocupamos aquí de una sola de ellas, para desarrollo - subdesarrollo, para ejemplificar nuestro planteo. Igualmente podríamos haber tomado cualquiera de las otras muchas que han sido alimento de tanta lucha estéril: estatismo-antiestatismo, dirigismo-liberalismo, peronismo-antiperonismo, agrarismo-industrialismo, etc., etc.

Por eso es la indiferencia general ante tanto debate, frente al cual se "siente" que las disyuntivas que suelen oponerse como únicas opciones posibles no marcan en realidad el comienzo de ningún camino, no reflejan los términos en que realmente están planteados los problemas ni, en definitiva, aproximan a un destino mejor.⁷ Tal vez la sensación más frecuente que hemos experimentado los argentinos en los últimos tiempos es que no somos "ni-ni", que ninguno de los términos de las espectaculares disyuntivas que se han venido planteando representa nuestros mejores intereses y aspiraciones.

Este sentido común difuso, concreto en la conciencia de la negación y escasamente formulado en las opciones positivas que podrían romper esas falsas opciones, ha quedado reflejado en la tarea de nuestros gobiernos, todos ellos, en este sentido, ampliamente representativos. Ha sido ese mismo sentido común trasladado a este nivel el que ha venido impidiendo —gracias a Dios— que se llevaran hasta sus últimas consecuencias los "esquemas" que los elencos de turno fueron eligiendo. Es así como se ha gobernado a la Argentina a los bandazos, produciendo híbrides, suscitando hondas contradicciones, consolidando la parálisis nacional y ratificando el escepticismo popular. El fracaso inevitable de esta aplicación a tropezones de esquemas y opciones que nada tienen que ver con nuestra realidad, convoca de inmediato el intento de sustitución por parte de los portadores de esquemas igualmente abstractos, así como, también, de los "ortodoxos" del esquema que ese momento está fracasando.

Así se han sucedido gabinetes y gobiernos ante la mirada pasiva de una población cuya indiferencia nace de saber que "no pasa nada", y que lo único que ocurre es que seguimos estando donde y como estábamos.

VI. HACIA UN CAMINO.

Cuando males como los señalados tienen ya larga vigencia, no tiene sentido seguir dando vueltas a la noria buscando al "culpable". Lo que se impone es efectuar una honda y desprejuiciada indagación, tendiente a "des-cubrir" objetivamente la compleja realidad que yace atrás de tanto hueco verbalismo, y a RESCATAR EFECTIVA, EXISTENCIALMENTE, LA TAREA POLITICA COMO LA VIRTUOSA BUSQUEDA DEL BIEN COMUN, liberándola

(7) Para no citar autores argentinos, siempre "sospechosos" de incurrir en "nacionalismos", debe recomendarse enfáticamente la lectura de estudiosos ingleses que han puesto de relieve —con tal vez legítimo orgullo— el talentoso manejo práctico que su patria hizo de éstos y análogos conceptos. (Vide H. S. Ferns, *Britain and Argentina in the Nineteenth Century*, Oxford University Press, Londres 1960, y A. G. Ford, *The Gold Standard: 1880-1914*, Britain and Argentina". The Clarendon Press, Oxford 1962; de esta última hay edición argentina, Editorial del Instituto Di Tella, 1966 "El patrón oro: 1880-1914. Inglaterra y Argentina".

del sojuzgamiento de intereses sectoriales, —incluso aquéllos en sí mismos muy respetables—. Uno de los capítulos de ese autoexamen debería ser, sin duda, captar en toda su dimensión el daño que produce (tal como hemos tratado de ejemplificarlo con nuestro ejemplo del desarrollo y subdesarrollo) la imitación servil de los esquemas que seguimos importando desde otras latitudes.

MUY EN PARTICULAR, es hora de advertir que nuestra indudable "europeización cultural" no significa hacer posible el útil trasplante imitativo de las pautas y criterios allí elaborados para aquéllos campos (político, económico y social) en los cuales nuestra realidad —nos guste o no— difiere sustancialmente de la de aquéllos países. En el estado actual de los conocimientos históricos y sociales CARECEMOS ABSOLUTAMENTE DEL DERECHO A COMETER ESTE TIPO DE ERRORES, aún ayer tal vez disculpables.

La posición que sostenemos nos inhibe, obviamente, de creer que somos propietarios de "la" nueva receta salvadora. Sabemos que, simplemente, NO EXISTE, —que juzgar la realidad y actuar sobre ella en función de la búsqueda de este tipo de mitos, es la más segura garantía de fracaso.

Creemos que el eje de la cuestión está en una amplia toma de conciencia, con todas sus muchas veces difíciles consecuencias, de que no podemos continuar tratando de solucionar nuestros problemas saliendo a buscar soluciones "hechas" en el exterior, y renunciando a esa penosa, áspera y compleja tarea que significa ese mínimo acto de amor hacia la realidad, contenido en la decisión de conocerla y, desde allí —sólo desde allí, desde ese suelo firme— sentar los pilares de un futuro que está quedando demasiado postergado.

Volviendo a nuestro ejemplo del "desarrollo o subdesarrollo", es evidente que las mejores inteligencias, intenciones e instrumentos conceptuales serán estériles si no se encuadran dentro de una gran tarea nacional, que comience por abordar con respetuoso realismo el conocimiento y evaluación de los términos en que el problema está efectivamente planteado. Y, —sobre todo— si no se ataca con la desvelada disposición intelectual y el alto coraje cívico necesarios para apuntar a soluciones postulados conforme los modos y los rumbos que sean desprejuiciadamente aptos a tales fines, desechando a cada paso la tentación y las presiones de recurrir al dogmatismo en boga.⁸

(8) No partiremos de cero. Existe entre nosotros sobrada preparación y vocación a la espera de ser convocadas a una tarea común. Además, ya se cuenta con importantes instrumentos, entre los cuales queremos destacar el valioso material aportado por C.E.P.A.L. y los frutos que cabe esperar de a corto plazo el Instituto para la Integración de América Latina (I.N.T.A.L.), recientemente creado e instalado en la Argentina. Por otra parte, equipos como el de la Revista chilena "Mensaje" muestran cuánto y hasta qué punto puede avanzar una tónica como la expuesta, cuando es consecuentemente seguida.

Tarea de amor, de coraje y de talento que no significa autorizar ningún chauvinismo, sino creer que sólo a partir de estos tamicos nos hallaremos en condiciones de aprovechar ajenas experiencias.

Bien sabemos que proponemos medios modestos para una gran ambición. No se trata de ser "originales" sino, de una buena vez, de comenzar a acertar; este acierto sólo podrá resultar de un camino largo, duro e incierto, que será recorrido mediante la acumulación progresiva de éxitos parciales y el descarte de los inevitables errores en que se incurrirá. Esa modestia de los medios respecto de la ambición de los fines, la permanente aproximación al ideal por un camino rudo e incierto, para el cual la experiencia ajena alecciona pero no puede jamás sustituir ese sabio quehacer que, al reconocer la irreptibilidad de cada situación, se convierte en el ámbito existencial de convergencia de la libertad y la responsabilidad, es inherente al ser del hombre en los planos más elevados de su actividad. La política no puede dejar de reflejar esta humana condición en toda su grandeza y miseria, y, por eso, los caminos del bien común sólo pueden comenzarse a recorrer en la forma que intentamos esbozar en este capítulo.

Por otra parte, esta tarea tampoco podrá ser obra exclusiva de algún conjunto de genios bien intencionados, que pudieran querer conducir paternalmente al pueblo argentino de la mano hacia mejores destinos. Esta es una tarea estrictamente NACIONAL, en la que la inmensa variedad y complejidad de los problemas involucrados exige, para poder llevarse a cabo, la presencia de un pueblo movilizad y convencido, que concorra —individualmente y desde sus agrupaciones naturales de todo tipo—, a su dinámico, multiforme y tenso cumplimiento. Es en este ámbito donde habrá de encontrarse el contenido medular de nuestra futura democracia, que ya no podrá ser asepsia estéril, formas sin contenido y disfraz de ausencias populares; sólo podrá ser si es presencia activa, espontaneidad que a veces salga de los cauces de una fría ingeniería social. Y este aporte insustituible será dado en la medida en que se marque una voluntad irrevocable de hacer de la tarea de gobierno una gran convocatoria a recorrer ese camino común.

Los tan admirados —y por tantos conceptos admirables— países de cuya imitación hemos tratado de vivir, ofrecen hoy sistemas nítidos y sumamente elaborados. Pero si es así no es porque en su momento lo hayan copiado de otros o porque algunos talentos lo hayan "inventado", sino exactamente por lo contrario: porque son el resultado de una progresiva elaboración efectuada —dialogalmente a veces, conflictualmente otras— por todos los sectores dinámicos de esas

comunidades, mediante la cual esos sistemas fueron cobrando su forma actual —casi siempre imprevisible para los actores inmediatos—, y sólo a medida que la realidad iba demostrando que eran efectivamente aptos para sustentarla, encuadrarla y promoverla. NO HAY OTRA FORMA DE LOGRARLO; y el desafío histórico que está lanzado a nuestra generación consiste en saber si seremos o no capaces de dar esta madura respuesta.

Porque partimos desde una realidad distinta, el país que resulte no será igual a ningún modelo. Lo verdaderamente importante será que en la realidad futura halle auténtica vigencia ese haz de eternos valores e ideales que forman el núcleo valioso de aquéllo que tan imprecisamente denominamos "Occidente". Noción ésta que no requiere ser "defendida" por malos remedos de lo que ya es, sino VIVIFICADA y ENRIQUECIDA (como ya ha ocurrido en otros grandes momentos de la historia) por las irrepetibles maneras con que esos valores se encarnarán y manifestarán en nuestra América, no bien comience a perfilar e institucionalizar su individualidad continental y sus matices regionales o nacionales, suelos fértiles todos ellos para una planta que amenaza languidecer.

Convicción de que el primer paso es indagar infatigablemente nuestra realidad. Disposición de ajustar cuidadosamente a ella todo punto de partida. Búsqueda desvelada e imaginativa de las soluciones que sean concretamente adecuadas a esa realidad, sacudiéndonos la cómoda tentación de imitar aquéllas correspondientes a otras realidades. Cabal comprensión en todas sus consecuencias de que la tarea será de todo un pueblo o no será. Tales los hitos prácticos que desde nuestro ejemplo hemos extraído como pautas válidas para informar e inspirar esa gran empresa que significa proponerse participar en el remonte de una vieja crisis y de una honda postración; el bagaje de cada artesano de su patria tendrá que incluir estas actitudes generales como guías de la inmensidad de esfuerzos y saberes particulares que nuestro futuro requiere.

Y, sobre todo, estas "actitudes generales" sólo podrán mantenerse en la medida en que ellas nazcan de un vivido amor por el prójimo, y de la lengua, la historia, el suelo, que con él tenemos en común. La vocación política, el "afán de bien común" en sus diarias opciones, en su rudo quehacer, muestra así su radical ligadura respecto del testimonio de amor con que el hombre —lo sepa o no— ha sido puesto por Dios en el mundo.

No cabe profetizar. El hecho cierto es que para los argentinos, en este aquí y ahora nuestro, el desafío está lanzado y la tarea exige ser comenzada.